

tras del arrepentimiento más vivo, escuchó su sentencia absolutoria y luégo estrechó y besó efusivamente la mano de su amigo, mientras un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos.

—¡ Llóras !—exclamó conmovido el religioso.

—Por la primera vez en mi vida.

—¡ Demos gracias a Dios !

Al caer la tarde, después de una agonía breve y tranquila, en el postrer rayo de luz se extinguió la vida de Lorenzo.

Cuando el padre Lanuza se retiró aquella noche a descansar, sentíase satisfecho de la jornada ; había trabajado bien. No contento con entrar en su barca río adentro, se había arrojado en el amargo abismo de los dolores del alma, había luchado bravamente con las olas de la contradicción, y la pesca había sido magnífica.

Dejaba bien justificado su título de *pescador de hombres*.

V. DE CASTAÑEDA

UN LIBRO COLOMBIANO

(SEGADORES: *Florilegio Eucarístico*: Primer premio en el Certamen Literario Nacional, por Francisco M. Renjifo. Preliminar del doctor Rafael M. Carrasquilla—Bogotá).

Es para mí día *fasto*, de dulce y confortante recreación espiritual, todo aquel que trae alguna flor del delicioso edén de la religión y de las letras de la inmortal Colombia. Se siente y vive allí tan bien la religión, y se cultivan con tanto esmero las letras castellanas, y es tan íntima y personal la unidad de la religión y la literatura en mis amigos y hermanos de la fe, los colombianos, que, cuando me llega alguna flor, alguna aura siquiera de su jardín de aromas, me siento como transportado a un oasis en donde puedo descansar de mi jornada por el desierto de esta vida terrestre y saciar la

sed, cada vez más ardiente, de la belleza infinita, al sentirla y gustarla al través de los claros y brillantes cenales de su literatura eminentemente cristiana. Y cuando no es una flor sino un *Florilegio*, un haz o ramillete de flores, bien escogidas y mejor dispuestas, mi satisfacción y gusto son, como se comprende, mucho mayores, por ser la variedad elemento de la hermosura y aliciente del placer artístico. Y si el *Florilegio* es del admirable y consolador misterio de la Eucaristía, ¡ah! entoncés el deleite llega al transporte y arrebató de los sentidos y del alma entera, porque se trata de la obra más grande del amor de Dios, de la que más y más hondamente que ninguna otra puede conmover el sentimiento religioso y el sentimiento estético, las más altas y nobles manifestaciones del sentimiento humano.

Por aquí se comprenderá el sumo espiritual deleite que yo he sentido al leer y releer el bien dispuesto y pensado *Florilegio Eucarístico* del doctor don Francisco M. Renjifo, profesor del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, avalorado y guarnecido además con un preliminar o prólogo verdaderamente discreto de don Rafael M. Carrasquilla, rector del mismo Colegio Mayor, antigua y nueva universidad católica de Colombia.

Al prólogo sigue un breve bosquejo de la rica y copiosa poesía eucarística castellana, y la exposición del plan adoptado por el autor en su obra, pudiéndose admirar en ambas cosas tanto la competencia como la modestia del doctor Renjifo. Y, puesto a continuación el Himno oficial del Congreso Eucarístico nacional de Colombia, de muy propio y conveniente carácter litúrgico, se abre este hermoso libro con una página de San Juan, el más sublime de los evangelistas, y se cierra con otra del libro de oro de la *Imitación de Cristo*.

Y entre el principio y el fin, tan inspirados y divinos, puede el lector saborear muchas y bellas composiciones sobre la primera comunión, la adoración eucarística, la lámpara del Santuario, la última cena, el vi-

tico, etc., todo ello pletórico y de dulce y consolador misterio, de inspiración y poesía... Allí podrá gustar la *Adoración de Gabriel y Galán*, flor exquisita de su pensil poético; *Domine da mihi aquam*, joya rústica del rico joyero de Ricardo León; el *Himno del Congreso Internacional Eucarístico de Madrid*, de majestuosa índole bíblica, y obra del agustino fray Restituto del Valle; unos fragmentos de la admirable *Epopeya de la espiga*, del colombiano Martínez Mutis; otros sacados de los Autos Sacramentales de los estupendos Lope de Vega y Calderón de la Barca, o composiciones inspiradas en ellos, como *La Semilla divina*, del propio señor Renjifo; dos de las mejores *Letras sagradas* de la monja genial y sabia de Méjico, Sor Juana Inés de la Cruz, en la que esta mujer prodigiosa se redime lo bastante de su anterior musa profana y gongorista.

Y al lado de éstas hallará el lector otras muchas composiciones poéticas de escritores y escritoras de lengua castellana, populares y eruditos, antiguos y modernos, especialmente colombianos, en honor del Santísimo Sacramento. Ni tampoco echará de menos algunas de las divinas páginas en prosa que nuestra lengua tiene sobre tan gran misterio, pues con mucha cordura el autor ha sabido transcribirlas de las obras de los maestros Granada y León, Carrasquilla, Cortés Lee y Marco Fidel Suárez, profundamente creyentes y soberanos artífices del castellano. De Cortés Lee trae muy poco, pero lo suficiente para ver algo del estilo todo ritmo deslumbrador y armonioso del pulquérrimo y elegante artista de la sagrada cátedra.

Y ahora me permitirá el señor Renjifo algunas insignificantes observacioncitas.

Advierto que en su *Lista de autores* faltan Julián de Mena y Secades, y se pone como del siglo pasado a Píjar de Cavia, que, creo, aún escribe.

En cambio, a no ser porque, como el mismo Chocano canta:

El codiciado pan de blanda miga
y la hostia ritual son sobre el suelo

trasuntos de ese Dios que da consuelo
al mismo que lo insulta y que lo hostiga,

en un libro como el *Florilegio Eucarístico* me parece que sobran Rubén Darío y Santos Chocano, por no ser poetas creyentes, y haber hecho el primero más daño que bien a la literatura, y haberse el segundo plegado a la revolución carrancista en Méjico, que es antirreligiosa, como es notorio, y cuyos horrores acaban de ser puestos a la vergüenza pública en el *Libro rojo y amarillo* del norteamericano Clemente Kelley.

Hace años sentía yo más admiración que hoy por Rubén Darío. Pero habiendo estudiado más los clásicos griegos y latinos juntamente con los castellanos, me he convencido de que el modernismo literario por él traído de Francia a nuestra literatura, ha desviado a ésta del verdadero camino de su perfeccionamiento, que para mí no es otro que el que abrieron nuestros grandes y más puros y discretos escritores de los siglos XVI y XVII, procurando hacerle cada vez más libre y más hermoso con un mayor conocimiento del idioma y de la filosofía del lenguaje y del arte. Dicen que el poeta nicaragüense ha roto la *anquilosis* clásica del idioma, dándole más libertad y soltura; y yo creo que, salvo su *Azul* y algunas otras composiciones, lo que le ha roto es el espinazo, dejándole contrahecho, sin grandeza, vigor ni gallardía alguna.

Ni nuestra raza ni nuestro pensamiento son como los de Francia, y por tanto no puede serlo nuestra literatura. Nuestra inspiración ha sido siempre más fuerte, original y sincera, se ha embebido más en la fuente insustituible e inagotable de la verdadera inspiración, la madre naturaleza, y su autor y sublime padre, Dios. A esto ha correspondido la mayor libertad de nuestras formas literarias, su mayor variedad, musicalidad y colorido, nuestro bello, rico y siempre deleitable asonante, que tanto ha hermoñado y aligerado la rima, ese elemento que a Milton le parecía bárbaro y a Hegel como el mejor cadencial adorno de nuestro ritmo espiritualizado ya



por el acento en lugar de la cantidad de los poetas griegos y romanos. En este sentido creo que Gabriel y Galán y Ricardo León nos han trazado en estos últimos tiempos la verdadera ruta que deben seguir cuantos quieran decir algo y escribir bien en nuestro patrio idioma; el primero, buscando su inspiración en la naturaleza, tal como es, nada falseada por el hombre; y el segundo, procurando embeber la esencia de nuestros místicos, novelistas y poetas de los áureos siglos XVI y XVII, y remodelarla en el más libre y armonioso troquel clausular moderno.

Además, creo que en una nueva edición no le sería difícil al señor Renjifo identificar algunas de las composiciones del *Devocionario poético* de Agustín Príncipe.

Por último, en la sección *Episodios eucarísticos*, en la que por cierto he hallado uno muy interesante de mi querido colomboño y correligionario el P. Pedro Favo, he visto otro no menos bello, *Tarsicio*, del mismo autor del *Florilegio* (1), pero he observado también que, por error muy disculpable en la pronunciación americana, o quizá de caja, se ha puesto *Tarcisio*.

Y dispensándome el señor Renjifo estas observaciones insignificantes, dignese recibir mis más desinteresados, fervorosos y sinceros aplausos.

P. M. VELEZ
Agustino

(De *La Unión* de Lima).

EN VENEZUELA

(Fragmentos de unos *Recuerdos de viajes*)

El 10 de enero de 1904 llegué a bordo del vapor *Barquisimeto* a Puerto Cabello, a las cinco y media de la madrugada.

Puerto Cabello es, después de Guayaquil, la ciudad más linda que conozco. Tiene en la espaciosa calle del

(1) Este episodio es del P. Enrique Lafosen, S. J.—*Nota de Segadores.*